

por ningún escritor razonable había sido hasta ahora puesta en tela de juicio; la del *vivismo* era más disputada; yo me atreví á afirmarla años ha; V. la demuestra con pruebas irrefragables, evidenciando al propio tiempo sus extensas y profundas ramificaciones en la variada trama de las modernas teorías filosóficas. ¡Cuán fuera de camino van los que sólo consideran á Vives como censor de la escolástica; cuando su poderosa crítica alcanzó á todos los sistemas entonces conocidos, y de todos formó proceso, y en todos encontró defectos y perfecciones! No sería absurdo un paralelo entre la obra científica de Vives y la de Santo Tomás de Aquino. Si el Ángel de las Escuelas supo encauzar por las vías católicas las torcidas corrientes filosóficas de su siglo, depurando las doctrinas anteriores y organizándolas en una vasta síntesis; el polígrafo valenciano acrisoló la escolástica decadente, combinó con el oro que de ella extrajo lo más acendrado de otros sistemas, abrió nuevo sendero á la especulación, dando importancia al procedimiento inductivo, reformó el método, señaló reglas para evitar los extravíos intelectuales, y *cris-tianizó* la filosofía del Renacimiento, mila-

gros todos de su espíritu imparcial y comprensivo, que le hizo, no entrever, sino formular con claridad y precisión incomparables cuantos principios habían de disputarse la arena filosófica en aquella edad y en las siguientes; pero sin extremar ninguno, ni sacarlo de su lugar propio y valor respectivo. Por tal razón, tuvo menos discípulos *completos*, que secuaces exagerados de alguna parte de su doctrina, los cuales, dividiéndose la herencia del maestro, corrieron en diversas y aun opuestas direcciones, porque no abundan las inteligencias tan sintéticas y universales como la de nuestro filósofo, siendo, por el contrario, achaque frecuente, aun en pensadores esclarecidos, el contentarse con un solo principio y deducir de él las últimas consecuencias. Así Bacon, exagerando la *experiencia* proclamada por Vives, paró en el *empirismo* y engendró á Locke, como Locke á Condillac, y Condillac á Des-tutt-Tracy y á Cabanis. Así Reid, huyendo del *escepticismo* de David Hume, se refugió en aquel juicio *natural* é instintivo de que habla Vives, y á imitación suya el P. Buffier, y no acertando á salir del *sentido común* ni á desprenderse de las reminiscencias baconia-

nas, estableció un *empirismo psicológico*, sabio y fecundo, pero estrecho, que á su vez extremó Hamilton, desterrando de la filosofía toda especulación acerca de lo absoluto é *incondicionado*, por donde vino á convertirse en fautor del *positivismo*. Así, Descartes, tomando de los *vivistas* españoles su *racionalismo*, pero sin atenuación ni límites, dejó al descubierto altas verdades, y, conscia ó inconsciamente, abrió la puerta á todos los *idealismos* posteriores. Y he aquí cómo de Vives procede toda la filosofía moderna anterior á Kant, lo mismo en lo bueno que en lo malo, sin que, esto no obstante, se le puedan achacar las erradas consecuencias que infieles alumnos derivaron de principios suyos mal entendidos ó trastocados del único lugar en que tenían solidez y fuerza dentro del conjunto de sus especulaciones. La Europa entera es discípula, aunque ingrata, de Vives, y no sin razón le reputaba Forner por igual á los mayores sabios de todos los siglos. España debe estimarle como la más elevada personificación de su genio científico, y ver en su sistema el molde más á propósito, por lo amplio y conciliador, para reducir á unidad armonica las diferentes

teorías de nuestros doctores, y de esta manera dar cuerpo visible, si se me permite la expresión, á la *filosofía nacional*.

En toda su apología, pero más, si cabe, en esta última parte de ella, hace V. ver prácticamente que no son incompatibles la cualidad de crítico profundo y la de consumado bibliófilo, desplegando, al par que un gran conocimiento de los pormenores históricos, recto juicio y perspicacia suma para examinarlos y discernirlos, clasificarlos y componerlos según su respectiva importancia y mutuas conexiones. La notable participación que en el crecimiento y desarrollo de la cultura científica europea, sobre todo de la filosófica, tuvo España, resulta patente y puesta en su debido punto, aunque con la brevedad propia de una polémica. De esta demostración brota otra no menos palmaria, y es que la historia de la ciencia, y especialmente de la filosofía moderna, tal como anda escrita, dejando á nuestra patria en casi completo olvido, carece de *integridad* y de *verdad*, puesto que no abraza toda la materia que le corresponde abrazar, ni refleja con exactitud el enlace real de las causas y de los efectos, y que, por tanto, debe re-

hacerse radicalmente, dando cabida en ella á la exposición de las ideas de los sabios españoles, y partiendo de Vives, centro de la vida intelectual de Europa en la era del Renacimiento y progenitor de las principales doctrinas que florecieron antes de la kantiana. Abundantes y preciosos materiales para esta obra ha reunido V. en sus *Cartas*, dirigiendo la atención de los estudiosos hacia puntos poco conocidos, sacando de la obscuridad libros y autores dignos de remembranza y loa, rectificando noticias y juicios equivocados que corrían como indudables, señalando relaciones de que nadie se percataba entre unos y otros pensadores y sistemas, y determinando la existencia y entronques de ciertas escuelas hasta ahora confundidas en la masa común é inclasificada de nuestro caudal filosófico. Por ello merece V. bien de la *ciencia*, ya en cuanto acrecienta desde luego considerablemente sus dominios, ya también en cuanto le abre camino para nuevas y fecundas conquistas.

No es menor el servicio que V. presta á la *patria* volviendo por sus timbres científicos, de cierto más altos y estimables que las conquistas y hazañas sin cuento registradas

en nuestros anales. Desmoronóse el poderío fundado en la fuerza militar y en las artes de la política; no perecerán nunca el genio de nuestros sabios ni la levantada inspiración de nuestros poetas. Los segundos son universalmente conocidos y celebrados. Pero de los primeros, ¿quién se acuerda? ¿quién los lee ni estudia? Tarea en sumo grado loable es la de renovar su memoria y procurar que vuelvan á adquirir popularidad y fama; que al par de los nombres de Fr. Luis de León, Ercilla, Cervantes, Lope, Calderón, Tirso y Quevedo, suenen de nuevo con aplauso, entre propios y extraños, como sonaban en mejores tiempos, los de Lulio, Vives, Fox, Vallés, Gómez Pereira, Vázquez, Molina, Suárez, Domingo de Soto, Ángel Manrique, Isaac Cardoso, Caramuel y tantos otros, y que, convirtiendo la vista á sus enseñanzas y tomándolas por base de sus ulteriores disquisiciones, recobre España su prístina *personalidad* é influencia en el mundo científico.

¡Triste de la nación que deja caer en el olvido las ideas y concepciones de sus mayores! Esclava alternativamente de doctrinas exóticas entre sí opuestas, vagará sin rumbo

fijo por los mares del pensamiento, y, como V. con mucho acierto indica, cuando acabe de perder los restos de la ciencia castiza, perderá, á la corta ó á la larga, los caracteres distintivos de su lengua, y los de su arte, y los de sus costumbres, y luego.... estará amenazada de perder también hasta su integridad territorial y su independencia, que, mejor que con lanzas y cañones, se defienden con la unidad de creencias, sentimientos y gloriosos recuerdos, alma y vida de los pueblos. Y ¡cuán cerca de tan desdichada suerte nos hallamos en España! La demolición comenzada en el siglo XVIII, se ha proseguido con ardor creciente en el XIX, amontonando ruinas sin medida ni término. Por el campo de nuestra filosofía han penetrado sucesivamente el *cartesianismo*, el *sensualismo* de Locke y Condillac, el *materialismo* de Cabanis y Destutt-Tracy, el *sentimentalismo* de Laromiguière, el *eclecticismo* de Cousin y Jouffroy, el *psicologismo* de Reid y Dugald-Stewart, el *tradicionalismo* de Bonald y el P. Ventura de Ráulica, el *kantismo*, el *hegelianismo*, el *krausismo*, y ahora andan en moda el *neo-kantismo* y el *positivismo*, estrechamente aliados. La ciencia española ha

ido, entretanto, desapareciendo del comercio intelectual. Precedentes insignes tenían en ella algunas de las referidas escuelas; pero (con una sola excepción) los dedicados á propagarlas aquende el Pirineo, de todo se han cuidado menos de empalmar sus doctrinas con las antiguas, *españolizándolas* en lo posible, para que así corriesen rodeadas de mayor autoridad y prestigio. Lejos de eso, hasta la *forma* de *exposición* ha solido ser anárquica, mestiza, desapacible y de todo punto ajena á la naturaleza del habla castellana.

No ignoro (¿como había de ignorarlo?) que *la ciencia es una* y que *la verdad no tiene patria*; mas nadie negará tampoco que la verdad y la ciencia adoptan formas y caracteres distintos en cada tiempo y país, según el genio é historia de las razas, á cuyas peculiares condiciones se atenta con la manía de introducir lo extranjero sin *asimilarlo* á lo propio. Infríngese una ley fundamental de la vida, así espiritual como física, cuando á la *asimilación* se sustituye la *superposición*, nunca duradera ni fructuosa. De muy diverso modo proceden los misioneros católicos en las regiones donde reina el paganismo. Van

á difundir la verdad, la verdad absoluta, superior á las opiniones y juicios varios de los hombres; no, por eso, prescinden de las creencias anteriores de las gentes á quienes intentan evangelizar; las examinan á fondo, las cotejan con los dogmas de la Iglesia, y siempre que de éstos no difieren ó pueden, mediante plausibles interpretaciones, armonizarse con ellos, las traen y utilizan en su apoyo. ¿Qué hizo San Pablo cuando empezó su discurso en el Areópago diciendo á los atenienses que, al entrar en la ciudad, había visto la estatua del *Dios ignoto*, y que cabalmente de ese mismo Dios iba á predicarles?

La tradición es elemento y auxiliar capitalísimo del progreso en todo. La falta de ella, la *solución de continuidad* entre lo viejo y lo nuevo, explica por qué en la España moderna aparecen y mueren tan pronto los sistemas filosóficos sin llegar jamás á aclimatarse, y la facilidad con que sus adeptos pasan de unos á otros, como si en ninguno encontrasen estabilidad y reposo. ¿Á qué debe, en cambio, Alemania el vuelo y preponderancia de sus escuelas sino á haber permanecido fiel en lo que va de siglo al espíritu

nativo de su ciencia, con tener ésta *tantos deslumbramientos y trampantojos*, como creación de los que Hamilton llama *visionarios filosóficos*,

«*Gens ratione ferox et mentem pasta chimeris?*»

¿Á qué debió su prosperidad é importancia la escuela escocesa, sino á su rigurosa consecuencia y disciplina, sólo por el doctor Brown quebrantada, y á su conformidad con el *sentido práctico* de la gente británica? ¿Por qué ha prevalecido en Francia el moderno eclecticismo, sino por sus conexiones con la doctrina cartesiana, y por invocarla constantemente en favor suyo? ¿Por qué, en fin, rayó á tanta altura la filosofía italiana en los días de Gallupi, Gioberti, Rosmini, Mamiani y Sanseverino, sino por el colorido nacional que éstos le dieron, presentándose como intérpretes y vivificadores de la antigua sabiduría de su patria? ¿Qué diferencia entre el auge y esplendor que entonces tuvo, y la pobreza á que ha venido desde que, abandonada aquella senda, la Península transalpina se ha dejado invadir y dominar de las escuelas alemanas y francesas más funestas, favorecidas por el espíritu revolucionario y anti-

católico! ¿Qué es al presente, ni qué supone Italia en el terreno de la especulación filosófica?

Salta á la vista, pues, que importa en extremo á los pueblos no renegar de su abolengo doctrinal, ni limitarse á repetir más ó menos servilmente lo que otros pueblos discurren y escriben. *Insistere vestigiis*, debe ser su divisa; acoger la verdad, si, venga de donde viniere, pero ingiriéndola en el cuerpo de las que los siglos les legaron, y no aceptándola como prestada siempre que puedan ostentarla como de cosecha propia. Sólo de esta suerte lograrán en la línea científica vida robusta é independiente, consideración y respeto. Impórtale á España muy especialmente seguir esa pauta, ya que, por fortuna, su filosofía de antaño—donde, á lo menos en germen, se contiene casi todo cuanto de razonable y sólido encierran los libros de los modernos pensadores, y aun más que en ellos respecto á no pocas cuestiones—le ofrece, á la vez que seguros métodos, inagotable mina de excelentes materiales para las más variadas, atrevidas y grandiosas construcciones. Restaurarla, ilustrarla, ampliarla, embellecerla, siguiendo los designios de

Vives, sea por tanto, de hoy más, su principal empeño, si quiere de influida convertirse en influyente en los futuros desarrollos de la razón humana. Á este fin han de contribuir sobremanera las eruditas epístolas de V. y los atinadísimos proyectos que en ellas diseña. Muy conducente sería asimismo, en mi sentir, la composición de una obra metódica, extensa y minuciosa acerca de la *Filosofía española comparada con la antigua y la moderna*, por el estilo de la relativa á la *cristiana* que tan justo renombre ha dado al napolitano Sanseverino.

Al par que como diligente obrero de la ciencia y como hijo amante de la patria, ha cumplido V. como buen católico, vindicando la verdad histórica en punto al estado intelectual de España en las edades pretéritas, pues con esto pulveriza *ipso facto* uno de los argumentos que más á su sabor emplean frecuentemente los multicolores devotos del *Gran Pan* contra la Iglesia de Jesucristo, cual es el suponer efecto de su acción y predominio la que llaman decadencia de las naciones dóciles al magisterio de la cátedra de San Pedro. En la guerra que se hace á nuestra antigua cultura científica, entran por

mucho, entre otras causas, la escasez de conocimientos bibliográficos, la poca afición á leer libros viejos y en latín, la preocupación y el espíritu de secta y de sistema; pero el móvil principal—V. lo ha dicho sin rodeos—es el odio al catolicismo, el insaciable afán de desacreditarle. La adhesión inquebrantable á éste ha sido en todos tiempos una de las notas características del pueblo español; de ella nacieron la mayor parte de las proezas y maravillas obradas por nuestros padres. La *heterodoxia* intentó en repetidas ocasiones borrarla; siempre en vano. Nunca doctrinas impías ni heréticas echaron raíces en la Península ibérica; fueron, á lo sumo, *accidentes* transitorios. V. lo patentiza admirablemente en su *Historia de los Heterodoxos españoles*. ¿Qué son, en el glorioso y dilatado curso de nuestra civilización, más que aberraciones de un día el *gnosticismo* de Prisciliano y el *adopcionismo* de Félix y Elipando? ¿Qué significan los olvidados desvarios de Hostigesis, Arnaldo de Vilanova, Gonzalo de Cuenca y Pedro de Osma? Ni el *protestantismo* en el siglo xvi, ni el *enciclopedismo* á fines del xviii y principios del actual, consiguieron torcer la indole unitaria de

nuestra raza. Y en cuanto á los que, fuera de estos grupos, extravagaron de la ortodoxia, sabido es que, no obstante ser á veces hombres de talento privilegiado y mucha doctrina, ni hicieron prosélitos ni dejaron rastros en pos de sí, apareciendo en la historia patria como fugaces meteoros, como *fenómenos* aislados, sin antecedentes ni consecuencias. Hoy nos embiste el error nuevamente y con formidable aparato, valiéndose de todo linaje de armas, y para abrirse paso con mayor facilidad, pone singular empeño en hacernos ver que todas las dolencias históricas de España provienen de su catolicismo. Una de ellas, acaso la más grave, es, á sus ojos, nuestra pretendida nulidad científica desde el Renacimiento hasta la edad que denominan novísima, y por eso se la atribuye á las *trabas é imposiciones dogmáticas*, prevalido de la ignorancia que en orden á nuestra pasada actividad intelectual reina generalmente entre doctos é indoctos. Señalado obsequio hace V., pues, á la religión, trabajando por destruir esta ignorancia y dejar, como deja, fuera de duda que *no hubo semejante anulación del pensamiento ibérico*, y que, por tanto, care-

cen de base cuantas deducciones en ella se fundan.

También la falsa filosofía del siglo último llamó ese argumento en pro de sus dañados propósitos; también hubo entonces quien, á nombre de ella, preguntase enfáticamente: *¿qué se debe á España?*; y entonces, como ahora, salieron á la palestra valentísimos defensores de la cultura nacional. Quizá en algún punto anduvieron escasos; quizá en otros comprometieron demasiado su generosa causa. No ha de dudarse, sin embargo, que en la mayor parte de ellos obtuvieron sobre sus adversarios completísimo triunfo. Con todo, aquellas memorables apologías no han impedido á Mr. Masson resucitar en el año de gracia de 1876, ni hecho innecesarios los denodados esfuerzos de V. para repeler sus tenaces acometidas y hundirle de nuevo en el sepulcro; y témome que, semejante á los vampiros, aún vuelva á levantar, cuando menos se piense, la cabeza. Para evitarlo, es indispensable emprender con energía y constancia la ilustración bibliográfica é histórico-crítica del saber de nuestros antepasados en sus diversas ramas, particularmente en la filosófica, llevando á cabo el magnífico

programa por V. expuesto, que ha sido siempre el sueño dorado de mi vida. De vano, utópico é irrealizable sé que han de calificarle á boca llena los hombres de voluntad débil y tibio patriotismo; los españoles netos, los verdaderos amantes de las luces, los católicos fervorosos y de elevadas miras, no dejarán de tener fe en su éxito, y con fe contribuir á él, moviendo montañas, si preciso fuere; que la fe á tanto alcanza.

En ningún caso desmayemos: la obra es grande, es santa; requiere el concurso de todas las voluntades no marchitas, de todos los entendimientos no pervertidos por el error, de todos los corazones que no han apostatado de la religión ni de la patria. Con su directa colaboración los doctos, con sus simpatías y aplauso los no letrados, coadyuven todos á esta empresa regeneradora, todavía posible, porque, á dicha, aún alienta el genuino espíritu de España, la cual no está reducida á las dos docenas de doctores más ó menos flamantes que se arrogan el derecho de representarla en el estadio de la inteligencia. Pero acudamos pronto; el mal se ha hecho crónico, y cuanto más dilatemos la curación, más difícil será extirparle. Á los

católicos exhorto muy principalmente. No en los campos de batalla, ni en las, de ordinario, estériles luchas políticas, sino en el ancho palenque donde V. bizarramente lidia, deben concentrar sus facultades y recursos. No cabe dar más útil aplicación á los talentos y vigilias del apologista ortodoxo; pocas materias, de seguro, la reclaman tanto. Vengan, pues, los sabios todos del orbe cristiano á defender y sacar del olvido la ciencia española. Defendiéndola, defenderán el catolicismo; sacándola del olvido, franquearán un arsenal riquísimo á los paladines de la Iglesia. Multiplíquense los diccionarios bibliográficos, las monografías, las publicaciones de todas especies acerca de nuestro pasado científico; acábase de descorrer el velo que lo cubre; no quede en él rincón alguno adonde no lleguen las luces de la erudición y de la recta crítica; désele á conocer, en una palabra, plena, clara y detalladamente, y entonces Mr. Masson, que sólo á favor de la obscuridad revive, habrá muerto para siempre.

Levantada tengo años ha esa bandera, y, ¡loado sea Dios!, no todo ha sido desdén hacia ella. Poco á poco va creciendo el número

de los que creen en la ciencia española y desean que su historia se escriba y que su savia torne á vigorizar el espíritu nacional. Usted solo vale por un ejército. Flaco siempre de entendimiento, y ahora, amén de esto, enfermo y dolorido, nada me es dado hacer ya para unir á la predicación el ejemplo: estas líneas, salvo un milagro, pueden considerarse como mi testamento literario. ¿Qué importa? *Non omnis moriar*. Queda en pie V., joven alentado, corazón sano, cabeza potentísima, para continuar la tradición de mis ideas y proyectos, y si, como ardentemente le pido, el cielo se digna otorgarle vida larga, salud y sosiego, conducirlos todos á felice término y remate. Lo que en mí fué humilde brote, será en V. árbol corpulento y lozano, cargado de sabrosísimo fruto.

¡Cuánto me regocija y consuela, en medio de mis angustias y melancolías, el pensar que es V., como yo, hijo de

«... la gran montaña en quien guardada
La fe, la sangre y la lealtad estuvo,
Que pura y no manchada,
Más limpia que su nieve la mantuvo»,

y que, tal vez, á esa comarca está reservada

la gloria de dar, como dió los primeros, el último y más avanzado pasó en el camino de la *restauración* científico-patriótica que anhelamos! ¡Cuán dulcemente me lisonjea el poder finalizar la presente carta, y con ella mi carrera de escritor, apropiándome esta afectuosa estrofa de la oda de Cadahalso á Meléndez Valdés:

« Y yo, siendo testigo
De tu fortuna, que tendré por mía,
Diré: « Yo fui su amigo,
» Y por tal me tenía,
» ¡ Y en dulcísimos versos lo decía! »

Reciba V. el más cordial abrazo de

GUMERSINDO LAVERDE.

Lugo 30 de Setiembre de 1876.



LA CIENCIA ESPAÑOLA.

PRIMERA PARTE.

AL SR. D. GUMERSINDO LAVERDE.